

aun de día, no conociendo bien los caminos, no hai caballo, por fuegos que tenga, que no perezca en esos pantanos; y yo sentiria mucho, si el Rei estuviese aqui, que tuviese el menor trabajo, y el ser yo causa por la imprudencia de no evitarlo.

Mansor, que se complacia de oír este lenguaje del buen pescador, y que queria saber la causa de esplicarse con tal interés por su Rei, le dijo: ¿Pues qué te importa la vida, la salud ni la conservacion de nuestro Monarca? ¿qué asuntos tienes tú con él para tomarte tanta pena de que se estravie ó perezca? — ¡Oh! dice el buen hombre: ¡si tengo interés por mi Principe! Yo le amo segu-

ramente cien veces mas que á mi muger, á mis hijos y á mí mismo: ¿pues qué no amais vos á nuestro Rei? — Sí, buen hombre, replicó el Rei; pero yo tengo mas motivo que tú, pues estoi frecuentemente en su compañía, y vivo del sueldo que me da; pero tú ¿por qué causa? Tú no le conoces, ni te ha hecho nunca ningún favor, ni puedes esperararlo. — ¡Cómo! dice el pescador: ¿debe acaso amarse mas al Soberano por los bienes que de su mano se reciben, que por su justicia y bondad? ¡Ah señor! ya veo yo que entre los cortesanos, los beneficios de los Reyes son mas estimados, y mas gratos los favores que los hacen, que la virtud y grandeza que á los demas nos los

hacen admirar; y que cuidais mas del dinero, de los honores y de los estados, que de la salud del Príncipe, á quien solo por el respeto de ser nuestro gefe y que Dios le ha hecho tal, para mantenernos en paz y ocuparse de nuestros asuntos y felicidad, debemos tributar cierto cariño, cual le tiene un hijo para un padre, interesándose tanto por su conservacion. Perdonadme si hablo en estos términos en vuestra presencia.

El Rei, que estaba disfrutando de un singular placer con esta filosofía rural, le respondió: nada hallo de malo en cuanto dices, sino el ser tus palabras hijas de la verdad. Pero dime: ¿qué beneficios has recibido tú del rei Man-

sor para amarle tanto? Porque yo no puedo pensar que jamas te haya hecho ningun bien ni favor viéndote en esta pobreza, cuando á todos los que favorece y ama los colma de beneficios, mostrándose con ellos tan familiar como benéfico.—Pero decidme, señor (replicó el buen hombre); pues que vos dais tanta importancia á los favores que los vasallos reciben de sus príncipes, como es debido, ¿qué mayor bien ni riqueza debo yo esperar ni puedo recibir de mi Rei, siendo el último de sus vasallos, que los beneficios que nos prodiga todos los dias en la justicia que hace administrar á cada uno, sin permitir que el rico ni el potentado aslijan al pobre por ha-

llarse desamparado de la fortuna?  
 ¿No redundan en beneficio de todos el celo paternal que tiene para que aquellos, á quienes ha confiado el gobierno de sus provincias, no maltraten y arruinen á sus pueblos con tropelías y exacciones insoportables? Yo aprecio mas su bondad y clemencia, y el cariño con que trata á todos sus vasallos, que todas vuestras delicadezas y las comodidades que disfrutais siguiendo la corte: yo, repito, admiro y respeto á mi Rei, porque aun estando lejos de nosotros, nos hace sin embargo sentir su presencia, como la imagen de un Dios, en la paz y union que su sabiduría y humanidad nos proporcionan, haciendo que gocemos sin

ostáculos, peligros ni vejaciones de los bienes que la fortuna á cada uno distribuye. ¿Quién es sino ese buen Rei, el que nos preserva y defiende de las incursiones y pillage de esos ladrones y asesinos de la Arabia que hacen la guerra á todo el pais; y que no tienen amigo á quien no incomoden si no está siempre vigilante? Ese gran señor está en Constantinopla y se hace tambien adorar de los suyos; pero no tiene tan sujetos á los árabes como nuestro Rei, bajo cuya proteccion y salvaguardia, yo, que no soi mas que un pobre pescador, gozo de mi pobreza en paz y tranquilamente, sin temer á los ladrones; mantengo á mi familia, y me divierto en la pesca de anguilas

(136)

que tienen estas lagunas; las llevo á las ciudades inmediatas y las vendo para mantener á mi muger y á mis hijos: con esto me contemplo mui feliz, pues volviendo á mi cabaña rústica, soi contento aunque viva en un desierto y lejos de la sociedad de mis semejantes, por la vigilancia que tiene sobre mi bien estar ese buen Príncipe, porque no tengo quien me incomode ni estorbe en mis viages, ofendiéndome de ninguna manera: todo lo cual me obliga (dice levantando las manos y los ojos al cielo) á pedir á Dios y á su gran profeta Mahoma, que conserve la vida de nuestro Rei, dándole tanta felicidad y alegría como es de virtuoso y humano; y que sus ene-

(137)

migos, huyendo á su presencia, sean siempre vencidos y subyugados para que pueda conservar á su pueblo en paz, y criar á sus hijos con la felicidad y grandeza que merecen. — Mansor, viendo esta relacion tan afectuosa de este infeliz, y conociendo que estaba desnuda de toda hipocresía, se descubrió con placer; pero intentando hacerlo con oportunidad, le dijo: pues que tanto amas á tu Rei, no podrás ser indiferente á los de su casa, ni sufrirás tampoco violencia en hacerles un favor. — Y en ello, replicó el pescador, haré mas por el Rei que por los que le siguen solo por engrandecerse; y de consiguiente amándole tanto, podeis estar seguro de que todos sus cria-

dos pueden mandarme cuanto gusten; pues yo de buena voluntad los obedeceré: mas me parece no es regular que esteis de esa manera á la puerta rendido y mojado, y espero me dispensareis el honor de entrar en mi casa, que es vuestra, y descansar donde yo os pondré, no segun mereceis, sino como Dios y su Profeta permiten á mi pobreza; pues mañana os conduciré á la ciudad y hasta el mismo palacio de mi Rei. En verdad, respondió el Rei, que aun cuando la necesidad no me estrechase á ello, tus ofertas sinceras merecen mas aprecio que las de un potentado, y creo haber aprovechado mejor el tiempo oyéndote á tí que escuchando las palabras estudia-

das de los charlatanes que pasean la corte, y que no hacen mas que corromper los corazones de los príncipes. — ¡Cómo, señor!!! dice el pescador: ¿pensais que este humilde vestido y esta pobre choza no son capaces de seguir los preceptos de la virtud? Yo he oido decir algunas veces que los sabios de tiempos pasados, huyendo de las ciudades y de la sociedad de los hombres, se retiraban á los desiertos, para ocuparse alli de la contemplacion de las cosas celestes. — Mucho sabes, le dice Mansor: vamos, me quedaré; pues que quieres sea tu huesped esta noche. — Entra pues el Rei en aquel rústico alojamiento, donde en lugar de alfombras esquisitas de Tur-

quía; ve las redes y demas trebejos de un pescador; y de aquellos artesonados y ricos cielos rasos de los grandes señores; no ve mas que cañas y carrizos que sirven de techo á aquel infeliz albergue. La muger del pobre hombre estaba en la cocina mientras el Rei se servia á sí mismo de escudero y cuidaba su caballo, al que el pescador no se atrevia á llegar. De una cosa no careció y que le era casi la mas necesaria, y fue el fuego; pues tuvo leña con abundancia, asi como la pesca; pero el Rei que era bastante delicado, y que no gustaba mucho de semejante comida, le preguntó si podria proporcionarle un poco de carne, porque su estómago se indisponia so-

lo con el olor de las anguilas. — El pescador, que (como nuestros lectores habrán conocido por su conversacion) era mui natural y franco, se complacia tambien en hacer reir, y dijo al Rei: no me admiro ya de que los reyes se valgan de la gente del campo para hacer la guerra, en vista de la poca fuerza y estremada delicadeza de esos afeminados cortesanos. Nosotros, aunque la lluvia nos acometa de pies á cabeza todo el dia, y nos lave de arriba á bajo, y aunque el viento y el frio nos ataquen por todas partes, nada nos hace impresion, ni nos hace al caso el fuego ni la cama; de consiguiente, comemos lo primero que se nos presenta sin necesidad de salsa pa-

(142)

ra despertar el apetito, y vednos aqui sanos, robustos, sin enfermedades ni disgustos, al paso que los cortesanos y demas señores de las ciudades por la mas leve cosa sienten al momento aflicciones de estómago que dan pena y compasion. El Rei, que reia á carcajada tendida oyendo á su patron, le hubiera dado aun mas motivo de hablar si no le tuviese desazonado la necesidad de tomar algun alimento, porque era ya bastante tarde; y asi le dijo: vamos, yo te daré cuanto me pidas; pero me has de proporcionar lo que te he dicho, pues despues satisfaremos á lo demas. — Está mui bien, señor, respondió el pescador, pues no hai duda en que estómago ham-

(143)

briento no quiere chanzas. Tengo un cabrito que aun está al pecho de la madre, y voi á componeroslo, pues nunca puede emplearse mejor. — Esta cena, con la graciosa é interesante conversacion del pescador, fue mui divertida para el Rei, á quien por distraerle no dejaba apenas tomar la palabra, sin cesar de hablar con mucho tino en medio de su sencillez y de los términos propios de una cabaña, hasta que al fin de la cena dijo al Rei: esta cena, señor, no ha sido tan suntuosa como las que ordinariamente tienen los señores de la corte; pero me parece que habeis de dormir con tan buena gana como habeis cenado, sin ocuparos en discurrir ni cavilar en el

tiempo que ha durado. ¿Pero de qué sirve emplear en pláticas el tiempo destinado al descanso, y á la nutrición, cuando no se hace mas que perderle y aproximarse mas al último dia, comiendo tantos manjares que debieran usarse solo para sustentarse y no para regalar un cuerpo débil y caduco y acelerarle la vida? — Es verdad, dice el Rei, tienes razon, y soi de opinion que dejemos la mesa y nos vayamos á pasar lo poco que resta de la noche en descansar; pues creo que lo haré con el mismo placer que he cenado; y te doi infinitas gracias por tus reflexiones y buenos consejos. — El Rei, pues, se acostó y no tardó en dormirse, pasando toda la no-

che hasta la mañana en un sueño mas dulce que el que jamas habia podido disfrutar tan tranquilo en su rica cama y palacio; y á la aurora hermosa y risueña que se goza en el campo, fue el pescador á despertarle para conducirle á la corte. — La comitiva estaba llena de una justa inquietud, y no habia cesado en toda la noche de buscar al Rei á fin de evitar una desgracia, hasta que marchando con su pescador, oyó los gritos y fue á su encuentro: aqui fue la admiracion y sorpresa del honrado conductor del Rei, cuando vió el respeto y homenaje que le tributaban tantos señores; mas el Soberano, advirtiendo su sorpresa, le dijo: mi amigo, aqui tienes á ese Mansor de



quien ayer hacias tanto elogio, y á quien tanto dices que amas: ya puedes decir que has abrigado en tu choza al que no tardará mucho tiempo en corresponder á tu hospitalidad y cariño, de tal suerte, que jamas se borrará de la memoria de los hombres. — El buen pescador se habia ya puesto de rodillas para suplicar al Rei le perdonase el poco obsequio que le habia hecho, y la franqueza y libertad con que le habia hablado; pero Mansor, haciéndole levantar y marcharse, al despedirle le dijo: á Dios, pescador virtuoso, el Profeta te acompañe; y en pocos dias tendrás noticia de mí. — El Rei mandó construir casas grandes y hospederías magnificas sobre es-

tos pantanos, para retirarse allí cuando fuese á caza, y en seguida se fue formando una hermosa ciudad, despues de haber mandado terraplenar todas aquellas lagunas, lo que se hizo ejecutar al momento; y haciendo cercar todo el circuito de buenas murallas y profundos fosos, concedió el generoso Mansor inmunidades y privilegios á los que quisiesen retirarse á aquella ciudad para poblarla, lo que fue causa de venir á ser en poco tiempo una hermosa y rica poblacion, que es la que hemos llamado antiguamente César-Elcibir, es decir, palacio magno; y estando ya concluida esta obra maestra, mandó llamar Mansor á su pescador, y le dijo: Para que en ade-

lante puedas recibir á tus Reyes como deseas, te doi en propiedad para tí, para tus hijos y descendientes esta ciudad que he mandado levantar sobre los pantanos que rodeaban tu choza, sin mas retribucion ni carga que el reconocimiento, para que conozcas el mio, y sepas que tu rei Mansor no es de los que premian tanto la adulacion como la sinceridad y las virtudes. — El buen hombre viendo tan bella accion, digno presente de un Rei tan magnánimo, se arrojó á sus pies, y besándolos le dijo: Señor, si vuestra singular generosidad no cubriese la imperfeccion de mi mérito, y no supliese lo que falta en mí, me veria precisado á renunciar el alto ho-

nor y beneficio que vuestra innata y real piedad me dispensa, y para la que, por no estar acostumbrado, me conceptuo poco idóneo; pero pues que los beneficios de Dios y las gracias de los Reyes jamas deben ser despreciados, admito y obedezco, dándoos gracias con los puros sentimientos que abriga mi sincero corazon, segun lo exige la clemencia de vuestra Real Magestad, y os juro ser mientras viva esclavo de vuestra voluntad y de la de toda vuestra Real Familia. — El Rei, oyéndole hablar con tal cordura, le levantó, le abrazó y le dijo: ojalá que todos los que gobiernan mis provincias tuviesen un corazon tan puro como yo veo el tuyo, pues entonces los

pueblos vivieran con mas comodidad y contento, y yo con menos cargos de conciencia que los que tengo por no corresponder á mi confianza los vasallos que postergan el público interes. Governa, pues, tu pueblo; ahí le tienes; hazle observar las leyes, y procura aumentar su poblacion y hermosura en honor tuyo y satisfaccion mia; pues desde este momento eres su dueño en propiedad perpétua, siguiendo tu familia el órden de sucesion.— En verdad que no era de despreciar el presente; pues llegó á ser una de las mejores ciudades de Africa; y era tierra de negros, como los llamaban los españoles por la proximidad tambien á la isla de este nom-

bre. Era esta hermosa ciudad de César-Elcibir mui abundante de huertas y jardines, y en sus mercados se hacia mucho comercio de especería que llevaban de las Molucas, islas de la India.

El rei Mansor, pues, hizo ver con esta accion la fuerza de un corazón noble, que no puede sufrir que otro le aventaje en generosidad, y menos que un olvido ó indiferencia de los beneficios recibidos le haga acreedor al título de ingrato. El rei Darío, apenas recibió la dignidad real, recompensó á Silo el pequeño obsequio de unos arreos para su caballo, haciéndole señor soberano de la isla y ciudad de Samos. Pero ¿qué virtud mayor puede honrar mas el nom-

bre de un hombre elevado que la de reconocer á aquellos que por su humildad y natural vergüenza no se atreven á contemplar su grandeza? Dios mira algunas veces con mas placer los presentes de un pobre, que todas las gracias y riquezas que le presenta un poderoso. Asi, pues, un beneficio, de cualquiera mano que sea, no puede menos de producir el fruto de la liberalidad en el que recibe, si quiere no ser mirado como ingrato, y gozar en su corazon de la satisfaccion de hacer bien, y de corresponder á quien se lo hace.

Mui laudable es la acción de aquel que con un beneficio obliga al reconocimiento del favorecido; pero cuando un poderoso cree que

todos sus inferiores tienen obligacion de prestarle toda clase de servicios, no tiene lugar el elogio que sus gracias hubieran de otra manera merecido; porque los actos voluntarios y los presentes ó demostraciones de respeto, generosidad y cariño, aunque fueren de un esclavo á su soberano, deben ser siempre, si no recompensados, agradecidos. — Ofrecemos, pues, á la alta nobleza esta historia del rei bárbaro Mansor, para que procuren imitarle, obrando siempre con dulzura, cariño y generosidad con toda clase de personas para merecer los títulos y honores que gozan, y el mayor, que vale mas que todos, cual es la estimacion y buen concepto en la sociedad; y

(154)

dando fin á esta historia, volveremos á tomar las trágicas, que habíamos suspendido para dar un desahogo al espíritu afligido con los horrosos casos y crueldades de las anteriores.

## HISTORIA TRÁGICA 9.<sup>a</sup>

— 1000 —  
LAS

VÍCTIMAS DE BELONA,

6

LA MUERTE GLORIOSA

DEL PRÍNCIPE

**PONIATOWSKI.**